

# EL SIGNIFICADO DE OLENTZERO: FIESTA DEL SOLSTICIO DE INVIERNO

## INTRODUCCION

**L**a historia de las mentalidades del hombre ha consistido en una progresiva desacralización o profanización de todo aquello que rodea al hombre.

La desacralización consiste en lo siguiente:

1°. El tiempo: La Naturaleza, los descubrimientos, y las invenciones, suponían algo desconocido, sorprendente, misterioso, digno de veneración, para el hombre religioso (entiendase el ser humano creador de mitos).

Pero con el tiempo, el mayor contacto con el medio que le rodeaba, conllevaba que todo aquello considerado en un principio novedoso, quedara desacralizado. Ya que lo aprendido por el hombre deja de causar una sensación de sorpresa o miedo, puesto que al ser conocido deja de ser novedoso y misterioso.

2°. El contacto diario con el entorno motiva una individualización progresiva de los elementos del mundo, lo cual supone una profanización. Un pueblo cuanto menos individualice/distinga las cosas del mundo, más primitivo es su estadio histórico, es decir el hombre cuanto más arcaico es, diferencia menos los elementos del mundo.

3°. El ser humano religioso representa el Cosmos a través de los símbolos (paradójicamente como en la actualidad). Estos expresan simultáneamente varias significaciones cuya relación/solidaridad no es evidente en el plano de la experiencia inmediata ni en el de la razón analítica.



El antiguo olentzero pagano podría ser uno de los soportes del solsticio invernal vasco.

La primera observación que cualquier historiador de las religiones, puede extraer del análisis de los símbolos, es que el mundo «habla», se «revela» por medio de los mismos. El pensamiento primitivo aprende el mundo en tanto que vida. La concepción mítica representa el entorno como una totalidad viviente, es decir concibe el Cosmos bajo las características de un ser vivo. Las nociones de «materia», «objeto inanimado», y «cosa», son descubrimientos/invencciones del hombre moderno («hijo del movimiento filosófico y cultural de la Ilustración»), ya que el ser humano religioso jamás conoció dichos conceptos, puesto que representan una concepción profana del mundo.

La segunda observación que se obtiene del análisis de los símbolos, es que por medio de ellos el mundo aparece estructurado. El árbol cósmico es uno de los arquetipos que mejor refleja la estructura del Cosmos. Este revela el mundo como un organismo vivo, que se caracteriza por hallarse en una continua renovación:

- La reaparición de la vegetación cada primavera.
- Las fases de la luna.
- El transcurso ininterrumpido de los días y las noches.
- La sucesión de las estaciones.
- Los árboles y las rocas, que se mantienen con el transcurrir de las generaciones humanas.
- Los animales cazados reemplazados por los que nacen. Quizás ante los ojos de los primeros hombres, desconocedores de la reproducción biológica, consideran que los seres vivos resucitarán a partir de los huesos. Hay muchos mitos que consideran que el Señor de las Fieras (tal vez el Basajaun vasco), resucita a los animales cazados mediante sus huesos.

En definitiva, el árbol cósmico simboliza la regeneración anual de la Naturaleza. Es el arquetipo que sustenta una forma de concebir el mundo, es la manera de estar con/en el Cosmos que tiene el hombre religioso. En suma se puede afirmar, que el citado símbolo constituye aquello que Mircea Eliade denomina «centro del mundo».

El árbol cósmico, es el ejemplo más claro del símbolo del «centro del mundo». Los números vascos (Aker, Sugar, Sugoi, Dragoi, Herensuge, etc...), son los elementos/componentes del «centro del mundo» de la mitología vasca, cuya representación es Mari.

A continuación expongo el simbolismo de la luna, para que se comprenda de forma íntegra, el profundo significado de los arquetipos:

El simbolismo de la luna revela una solidaridad/relación connatural entre las fases de la luna, el devenir, las aguas, el crecimiento de las plantas, la naturaleza de la mujer, la muerte-resurrección, el destino humano, y el oficio de tejedor, etc.

La simbología de los mitos consiste en la creación de «sistemas», a través de la articulación de realidades heterogéneas. Dicha articulación se fundamenta en el establecimiento de analogías y simpatías, entre los elementos del sistema.



Magia y misterio en torno a las fechas de invierno.

Para poner un ejemplo cercano, a continuación hago referencia al sistema simbólico de las fases de la luna en la mitología vasca:

— Tiempo: Algunos estudios parecen indicar que el primitivo calendario vasco se fundamentaba en las fases de la luna. La palabra que da nombre al mes en euskera es «ila», la cual es muy similar al significativo vasco de la luna, que es «ilargi».

— Mari: La mujer vasca solía tejer la vida de la comunidad vasca, al igual que se dedicaba al oficio de

tejedora. Pero también la luna, al igual que Mari, tejía la vida del hombre y de la Naturaleza. Esta íntima relación entre la luna y Mari, parece indicar que la luna formaba parte de los componentes del sistema simbólico construido a partir del desarrollo del mito del «centro del mundo» vasco (Mari).

— Las fases de la luna, con sus sucesivas apariciones, cambios de forma, desapariciones, sugieren al hombre religioso vasco pagano, la inmortalidad del ser humano. Es más, la palabra «ilargi», parece indicar la luz de los muertos. En muchas leyendas del país, la noche aparece como el tiempo dominado por los muertos, además la tradición pagana prohíbe a los vivos salir de noche.

Este sistema fundamentado en las analogías y similitudes de los elementos del mismo, no tiene sentido para el hombre moderno, ya que el paso del tiempo, y el consiguiente análisis, han enseñado a la humanidad que no se puede considerar a los elementos de aspectos análogos, cosas que poseen idéntica naturaleza o esencia. Es decir el animismo queda desvirtuado.

El contacto inmemorial entre el hombre y su entorno ha motivado, que las simpatías mágicas, creadoras de «sistemas de mitos» pierdan sentido. Cuanto más tiempo se halla en contacto el hombre con una cosa, más la conoce, y por lo tanto más la individualiza y la diferencia del resto de las cosas.

Lo sagrado, por lo tanto, consiste en el establecimiento de analogías y similitudes-simpatías entre los elementos de la Naturaleza y la Sociedad. La sacralización es fruto de la novedad, del misterio. Los elementos cotidianos se vuelven profanos, desprovistos de significación, ya que pierden el misterio, y consecuentemente se desvanecen las simpatías y analogías que daban un carácter trascendental al elemento al introducirlo en un todo o «sistema».

La concepción del «mito de eterno retorno», de la cual Olentzero forma posiblemente parte, no es más que la falsa esperanza de que el fin del año, suponía el término de las angustias, y la vuelta a aquel remoto momento histórico, donde los primeros hombres sorprendidos ante toda la Naturaleza (ya que toda ella era novedosa y por tanto misteriosa), la sacralizaron. Aquella época donde todo le sorprendía al ser humano, y le parecía todo el Cosmos un todo homogéneo y sagrado, es el período idílico al que todas las civilizaciones querían volver cuando celebraban las fiestas de los solsticios de invierno y verano.

El hombre moderno trata de evadirse de lo cotidiano-profano, a través de los viajes a lugares exóticos o turísticos, donde lo diario desaparece para dar paso a lo novedoso/evasivo, es decir a lo desconocido y por lo tanto a lo diferente. Las drogas, las comidas en días señalados y las fiestas, son otros momentos para olvidar el paso del tiempo, o para evadirse de lo cotidiano. No es extraño que me venga a la memoria, cuando escucho a un hombre moderno desear a los demás la típica frase de «Año nuevo vida nueva», la idea de que el ser humano actual inconscientemente, tiene los mismos deseos o anhelos del hombre religioso. Hay que reconocer que existe una diferencia de carácter formal, en relación al valor de las fiestas. En la actualidad estas tienen un fin evasivo: hacer olvidar al hombre el tiempo, y por supuesto que el ser humano se sienta alegre, ajeno a lo diario. Para el hombre religioso tiene un valor escatológico. El desenfreno festivo es asimilado a la vuelta del Caos, es decir se concibe como el reflejo del fin del mundo. A través de la vuelta al Caos, y el final del Cosmos, el mundo renace y comienza un nuevo año. Durante estos momentos el hombre religioso goza con la esperanza de la felicidad, se siente exaltante de vida, inmortal. En este contexto hay que situar las fiestas del solsticio de invierno (Olentzero), las fiestas del solsticio de verano (las hogueras de San Juan), la fiesta en honor a la divinidad del cielo vasca (Ortziral u Ostiral, día en honor de la luna), y el Akelarre (fiesta en honor del númen Aker).

## LA FIESTA DEL SOLSTICIO DE INVIERNO

El solsticio de invierno, se conoce en las comarcas vascas que antaño pertenecieron al obispado de Bayona, con el nombre de Olentzero. Según Julio Caro Baroja, este nombre habría llegado a esta parte del País Vasco por influencia francesa. Las zonas que adoptaron tal denominación son:

- En el «valle» de Oyarzun: Irún, Lezo, Rentería, Oyarzun y Pasajes.
- En las cinco Villas de Navarra Septentrional, la encontramos en Lesaca, Vera, Echalar, Yanci y Aranaz.
- En el «valle» de Baztan.
- En el «valle» de Santesteban: Santesteban, Bertiz, Zubieta, Goizueta y otros pueblos del valle del mismo nombre.

La fiesta del solsticio de invierno recibe otros nombres en diferentes lugares de la geografía vasca. Por supuesto que en la actualidad, la denominación «Olentzero», se ha extendido a otros puntos de Guipúzcoa y Navarra.



El solsticio de invierno siempre ha tenido un carácter mágico entre los vascos.

Olentzero, desde el punto de vista precristiano es la fiesta del solsticio de invierno. Pero desde la perspectiva de la época cristiana, y en concreto en los primeros «balbucesos» de la cristianización del País Vasco, Olentzero tendría un significado grotesco y burlesco. El cristianismo pretendía ridiculizar el mito gentil a través de su personificación en un ser ridículo. Pero también desde la perspectiva pagana tendría un carácter burlesco, ya que el Olentzero humano, representaría una crítica de aquellos individuos paganos que se convertirían al cristianismo abandonando la religión de Mari.

Olentzero está relacionado de un modo estrecho con el tronco de Navidad (cristianización del árbol cósmico, «centro del mundo»). Es decir, este arquetipo simboliza la renovación del Cosmos.

En Oyarzun el árbol de Navidad, le denominan «Olentzaro-enbor». Esta hierofanía del árbol representa el núcleo, el centro de una concepción del mundo, una cosmovisión que concibe el Cosmos como un organismo vivo y sagrado.

En el mito que nos ocupa, se hallan interrelacionados las ideas de sol, fuego, luz, y madera. En algunas lenguas antiguas, los significantes de estas nociones aparecen relacionados. Nuestra lengua es una de ellas. Así tenemos «egur» = madera, «egun» = día, y «eguzki» = sol. La raíz «egu», representa la fuerza «misteriosa» que mueve la Naturaleza, aquella que renueva el Cosmos de forma constante. En suma es una noción cercana al árbol cósmico.

«Egur», o la idea de madera, está relacionada con la Tierra y el árbol cósmico. El árbol es una de las representaciones de Mari, el númen central de la mitología vasca.

Las nociones de «eguzki» y «egun», están relacionados con las «fuerzas cósmicas diurnas», es decir con las manifestaciones de Mari, que acontecen, cuando se presenta como sol.

El fuego, también está relacionado con la fuerza que mueve la Naturaleza. Este elemento es un atributo/característica de Mari. El año viejo (mundo decrepito), es renovado por la fuerza cósmica en su manifestación ctónica (el fuego). Este renovador cósmico regenera el mundo, convirtiendo el año viejo en nuevo.

En definitiva, en «Eguberri» (no es casualidad que este significativo tenga la raíz «egu»), el fuego acaba por destruir el mundo agotado (representado por «Olentzero-enbor»).

— NIKOLAS ALBIZU —